

Todo está ya arreglado, hijos mfos.... Se casarán ustedes.

ESTELA.

¡Sería posible!

RAIMUNDO.

¿Qué, consiente en nuestra boda?

FRAMBAL

Sí... me acaba de empeñar su palabra.

ESTELA.

¡Ah! ¡Qué no pueda yo arrojarme en sus brazos!

FRAMBAL

(Aparte.) Sería bien inútil ahora, y todo lo echaría á perder.... (A Raimundo.) Así, lo que falta únicamente es que usted le pida en términos formales la mano de Estela.... Allí le tiene usted.

RAIMUNDO.

Sí, señor.... pero... el caso es que estoy temblando....

FRAMBAL

¡Qué timidez....! ¡Ah! ¡Si estuviera mi hijo Héctor en lugar de usted....! Lo haría lo mismo que beberse un vaso de ponche.

RAIMUNDO.

Mi respeto...

FRAMBAL.

¡Qué respeto ni qué calabaza....! Cuando le digo á usted que ha dicho que sí.... Ea, vaya usted.... Y nosotros nos retiraremos "pro forma" hasta que pase esta ceremonia. (Vánse Estela y Frambal por la puerta de la derecha.)

### ESCENA X

RAIMUNDO, Y SOLIGNI ESCRIBIENDO

RAIMUNDO.

(Tímidamente.) Caballero....

SOLIGNI.

(Bruscamente.) ¿Qué es eso? ¿Qué me quiere usted?

RAIMUNDO.

Yo.... perdone usted.... yo soy.... yo soy el joven de quien el señor Frambal ha tenido la bondad de.... Y si no fuera por las esperanzas que él mismo me ha hecho concebir.... y que escusan hasta cierto punto mi temeridad.... crea usted que jamás me hubiera atrevido á.... á.... Pero como amo tan sincera, tan ardientemente á su amable hija de usted....

SOLIGNI.

(Conteniéndose.) ¿A Estela?

RAIMUNDO.

Sí... señor... la amo....

SOLIGNI.

(Friamente.) Bien.

RAIMUNDO.

Y solicito.... aunque temblando.... aunque sin mérito alguno.... su mano....

SOLIGNI.

(Friamente.) Se la concedo á usted.

RAIMUNDO.

(Con alegría.) ¡Qué oigo! ¡Me la concede usted....! ¡A mí!, que no tengo ningún título, ningún....

SOLIGNI.

Mi notario.... que es también mi amigo.... me ha respondido por usted, y....

RAIMUNDO.

(Admirado.) Pues si me conoce apenas.

SOLIGNI.

(Levantándose.) No importa.... Esto me basta.

RAIMUNDO.

Pero á mí no me basta.... No señor.... Quiero que usted sepa quién soy.... Que usted conozca mi posición.... Mis esperanzas.... El aprecio que debo á mis jefes....

SOLIGNI.

(Algo impaciente.) Es inútil.... se lo repito á usted.... Me sobra con lo que me ha dicho Frambal.... y sea cual fuere la fortuna que usted tenga....

RAIMUNDO.

Es que no tengo ninguna.

SOLIGNI.

Tampoco me importa.... El dote será de doscientos mil francos.... Con tal que este enlace se haga pronto.... Lo más pronto posible.... Y con tal que Frambal corra con todo... Se haga cargo de todo.... Porque yo no podré asistir á la boda.

RAIMUNDO.

¡Cómo! ¿Y por qué?

SOLIGNI.

Un viaje repentino.... indispensable, me obliga á partir mañana por la mañana....

RAIMUNDO.

Entonces retardaremos nuestra boda.... y por mucho que dure este viaje, sabremos tener paciencia, y esperar á que usted vuelva.

SOLIGNI.

(Impaciente.) ¿Y para qué? También es buena pesadez. (Se sienta en el sofá.)

RAIMUNDO.

(Admirado.) Me parece, sin embargo, que el respeto y la gratitud bastarían por sí solos para imponernos esta obligación.... pero existen además otras razones..... y la antigua y buena amistad que en otros tiempos ha unido á nuestras familias....

SOLIGNI.

¡Amistad....!

RAIMUNDO.

Sí, señor.... Amistad que hasta aquí no me ha sido dado cultivar, porque mientras usted habitaba en París, yo me hallaba desde muy joven en la Academia de Marina de Angulema, y sólo pude visitar aquella capital, cuando usted acababa de emprender el último viaje.... Por señas que entonces se temía que usted hubiera naufragado.... Entonces fué también cuando tuve la dicha de que mi padre me presentara á madama de Soligni, y de que esta amable señora me tratara con una bondad....! Con la misma bondad con que siempre había tratado á mi padre, y á todos los míos.

SOLIGNI.

Pero, ¿quién es usted? ¿Cómo se llama usted?

RAIMUNDO.

¡Cielos....! ¿Y lo ignora usted?

SOLIGNI.

Ya se ve que lo ignoro.... ¿Quién quiere usted que me lo haya dicho?

RAIMUNDO.

¡Que no sabe usted quién soy....! ¿No se ha informado usted siquiera cómo me llamo? ¿Y con todo me admite usted como su yerno, y me concede usted la mano de su hija?

SOLIGNI.

(Con cólera.) De mi hija.... De mi hija.... No se trata ahora de ella.... sino de usted.... de su nombre de usted.... ¿Cuál es, pues, éste?

RAIMUNDO.

Raimundo.... Raimundo de Bussieres, alférez de fragata.

SOLIGNI.

(Levantándose con impetu y yendo hacia él.) ¡Bussieres! ¿Sería usted por ventura hijo del coronel Bussieres?

RAIMUNDO.

Sí, señor.... De su antiguo amigo de usted.

SOLIGNI.

(Alejándose con horror.) ¡De Bussieres!

RAIMUNDO.

A quien usted colmó de beneficios.... Y quien, durante quince años, no tuvo otra casa ni otra familia que la de usted.

SOLIGNI.

(Con furor.) ¡Quince años!

RAIMUNDO.

(Con alegría.) Sí, señor.

SOLIGNI.

(Con furor.) ¿Y era su padre de usted?

RAIMUNDO.

Ciertamente.

SOLIGNI.

(Con sonrisa amarga.) ¡Y tiene un hijo!...  
¡Un hijo que ciñe espada...! ¡Ah! ¡Qué feliz soy...! (Yendo hacia Raimundo y tomándole la mano.) Escúche usted... ¡Su padre de usted fué un traidor, un cobarde!

RAIMUNDO.

(Estupefacto.) Caballero...

SOLIGNI.

Yo soy quien se lo digo á usted.

RAIMUNDO.

¿Qué oigo! ¿Habría usted con seriedad?

SOLIGNI.

Sí, fué un infame.

RAIMUNDO.

No... Mi veces no... Mi padre fué un hombre de bien, un hombre de honor!... Su apellido y su reputación me pertenecen igualmente... y si usted le ultraja porque cree usted que ya no

puede defenderse... (Yendo hacia él, y apretándole con fuerza la mano) se equivoca usted, Mr. de Soligni, mi padre no ha muerto en tanto que yo viva....

SOLIGNI.

(Atravesando el teatro.) Tanto mejor... así podré al menos vengarme en usted.

RAIMUNDO.

Y usted retractará esas palabras injuriosas que ha proferido en su ofensa, ó si no....

SOLIGNI.

¿Qué?

RAIMUNDO.

O si no.... Aun cuando tenga que sacrificar para siempre toda esperanza de dicha... no dejaré impunemente ultrajar su memoria.

SOLIGNI.

Bien, muy bien... Merecía usted, por cierto, otro padre... porque el que usted tuvo, fué, durante quince años, un....

RAIMUNDO.

(Con energía.) No concluya usted. ¿Qué armas? (Con frialdad.)

SOLIGNI.

Espadas.

RAIMUNDO.

¿En qué sitio?

SOLIGNI.

En mi propio parque.

RAIMUNDO.

¿Cuándo?

SOLIGNI.

Dentro de media hora.... En cuanto haga que lleven esta carta á Bañeras. (Va á la mesa, toma la carta, la cierra y se levanta con ella en la mano.) No tendrá usted que esperar mucho tiempo. (Vase por el foro.)

RAIMUNDO.

¡Estoy soñando! (Se cubre la cara con las manos.)

## ESCENA XI.

FRAMBAL, ESTELA Y DICHIOS.

FRAMBAL.

Y bien.... ¿Qué ha sido? ¿Por qué han gritado ustedes tanto?

RAIMUNDO.

¡Ah!, ¡señor! todo se ha perdido.

FRAMBAL.

¿Se quiere usted callar?

ESTELA.

¿Qué será de nosotros?

FRAMBAL.

Si no puede ser.... (A Raimundo.) ¿No le llegó usted á pedir la mano de Estela?

RAIMUNDO.

Sí, señor.

FRAMBAL.

¿Y qué le respondió á usted?

RAIMUNDO.

Que me la concedía, que me la daba, con doscientos mil francos de dote.

FRAMBAL.

Pues eso es lo esencial; lo demás no importa un bledo.

RAIMUNDO.

Está usted muy equivocado.... porque no bien le dije cómo me llamaba, cuando se inmutó todo, y se puso como una fiera, y me insultó, y....

FRAMBAL.

Bah, bah, todo eso no vale nada.... Un momento de capricho.... Le entendería usted quizá mal.... Cuando se tiene el genio irascible.... la menor cosa á veces.... Porque lo que es su nombre de usted no creo yo que haya podido influir.... tanto más cuanto que nada tendrá de terrible, si mal no me acuerdo.

RAIMUNDO.

Ya se ve que no.

FRAMBAL.

¿No se llama usted Raimundo?

RAIMUNDO.

Sí, señor, Raimundo de Bussieres.

FRAMBAL.

(Estupefacto.) ¿De Bussieres?

RAIMUNDO Y ESTELA.

¿Qué tiene usted?

FRAMBAL.

(Con el mayor espanto.) ¿De Bussieres ha dicho usted?

RAIMUNDO.

Sí, señor, soy hijo del coronel.

FRAMBAL.

¡Ah! Qué desgraciado es usted... ¡Infelices muchachos!

ESTELA.

(Temblando.) Pues, ¿qué ha sucedido?

FRAMBAL.

Nada... Nada... Son cosas que... Y he-  
go la sorpresa... El desaliento.

RAIMUNDO.

Con tal que usted no nos abandone....

ESTELA.

Y que vuelva usted á interesarse por nosotros.

FRAMBAL.

¡Yo! ¡Dios me libre!

ESTELA.

¿Cómo....! Pues, ¿y nuestra boda?

FRAMBAL.

(A media voz.) Cállese usted.... Cállese usted... (Aparte.) ¡Dios m'ó! ¿Qué iba yo á hacer? (Alto.) Amigos míos, no me acusen ustedes.... No se irriten ustedes conmigo.... Pero, en conciencia.... créanme ustedes.... lo que es este enlace.... es imposible.... absolutamente imposible.

ESTELA Y RAIMUNDO.

¿Qué dice usted?

FRAMBAL.

Que no les queda á ustedes la menor esperanza.

ESTELA.

¿Y por qué?

RAIMUNDO.

¡Ah! no prolongue usted por más tiempo nuestra agonía. explíquese usted.

FRAMBAL.

¿Acaso lo puedo yo? Pero ustedes concebirán fácilmente, hijos míos.... que yo.... que un verdadero amigo de ustedes.... no querrá ahora desunirlos.... separarlos para siempre.... si las causas más graves....

RAIMUNDO.

Pero bien, ¿cuáles son?

FRAMBAL.

No me las pregunte usted.... Pero si le merezco á usted alguna confianza.... si tiene usted alguna amistad hacia Estela....

RAIMUNDO.

¡Amistad....! Diga usted amor.... el más puro, el más violento....

FRAMBAL.

No, no.... eso es ya demasiado.... y me contento con mucho menos.... Conque usted haga por ella el sacrificio que le voy á pedir....

RAIMUNDO.

Y es....

FRAMBAL.

Que huya usted de aquí inmediatamente.... Que se aleje usted de Estela por algunos años... Hágalo usted, por Dios.... Miré usted que les va á ustedes en ello todo un porvenir.

RAIMUNDO.

¡Inmediatamente, no, no puedo... pero si dentro de una hora.... Fíese usted en lo que le digo.... Y de consiguiente (Pasando al otro lado de Estela) es probable que ésta sea la última vez que nos veamos....

ESTELA.

¡Raimundo!

RAIMUNDO!

(Con mucha sensibilidad.) Adiós.... otros de beres me llaman.... pero tranquilícese usted... sabré respetar lo que le es á usted tan caro.... y si.... como la he indicado á usted.... no volviere yo á contemplar imagen tan querida, conságreme usted tal cual vez algún recuerdo.

ESTELA.

¡Oh, siempre!

RAIMUNDO.

Adiós, señor Frambal.... Adiós, Estela. Es, pero, suceda lo que suceda, que obtendré al menos el aprecio de ustedes. (Vase por el foro.)

ESCENA XII.

FRAMBAL Y ESTELA.

FRAMBAL.

(Enjugándose una lágrima.) Excelente joven... No puede uno separarse de él sin sentimiento.

ESTELA.

(Llorando.) Ciertamente... y en cuanto á mí, le amaré toda mi vida.

FRAMBAL.

No, no haga usted tal.

ESTELA.

¿Que no le ame?

FRAMBAL.

Pues, de ese amor que usted dice, por lo menos...

ESTELA.

¿Ni aun de lejos?

FRAMBAL.

Ni aun de lejos.

ESTELA.

Pero dígame usted siquiera la razón... porque hasta ahora todo es para mí un enigma.

FRAMBAL.

Tanto mejor... eso es lo que se necesita... lo único que ya conviene... Pero crea usted, hija mía, que por mi parte, cuanto dependa de mí... y pueda contribuir á su dicha ó á su tranquilidad de usted... Y ahora que lo pienso bien, (Aparte) la donación de Soligni... ¡qué mal he hecho en no aceptarla...! (Alto.) Sí, sí, hija mía, la aceptaré... la aceptaré... pero será para devolvérselo á usted todo.

ESTELA.

¿Qué qué ha de aceptar usted?

FRAMBAL.

Nada... no lo puede usted saber... Aunque llegará algún día en que... Pero chitón... que su padre de usted se acerca.

## ESCENA XIII

DICHOS, Y SOLIGNI QUE ENTRA POR LA IZQUIERDA MUY PEN-SATIVO, Y SE SIENTA JUNTO A LA MESA.

FRAMBAL.

(Bajo á Estela.) ¡Qué ensimismado! ¡Qué melancólico! Ni nos ha visto siquiera... ¡Soligni! (Alto.)

SOLIGNI.

(Apercibiéndolos, y levantándose.) ¡Ah! eres tú....

FRAMBAL.

Sí, amigo mío... Quería hablarte acerca de aquello que me propusiste esta mañana... y después de haberlo reflexionado mucho, te confesaré que estoy ya muy inclinado á admitirlo, y que...

SOLIGNI.

Cómo... Lo admitirías ya....



usted todavía....! y que yo le respondía á usted constantemente—no, papá, esperemos un poco... existe cierta persona que yo preferiría á todos, pero que no se ha declarado aún, ni me ha insinuado siquiera que me ama.—Y si te equivocases, hija mía,—me replicaba usted,—¿no serías después muy desgraciada?—No, respondía yo siempre, porque aun en ese caso, me quedaría el amor de mi padre, y éste me consolaría.—Entonces usted se sonreía, me abrazaba cariñosamente y mudaba de conversación.

## SOLIGNI.

(Después de un momento de silencio.) Sí... es verdad... ahora recuerdo todo eso... ¿Pero cuándo ha conocido usted á ese joven? ¿Dónde?

## ESTELA.

En París.... en nuestra propia casa, adonde venía todos los días con Mr. de Bussières su padre.... Usted se hallaba entonces ausente.... Fué cuando hizo usted aquel viaje tan largo....

## FRAMBAL.

(Aparte haciéndole señas de que calle.) Imposible hacerla callar.

## SOLIGNI.

(Con emoción.) Y ese Mr. Bussières... no hablo del joven, sino del otro.... ¿la quería á usted mucho?

## ESTELA.

Mucho.... como me había visto casi nacer...

## FRAMBAL.

(A media voz.) No diga usted eso.

## ESTELA.

¿Y por qué?... ¿Por qué no quiere usted que diga la verdad?

## SOLIGNI.

Tiene razón.... ¿Y no ha sabido usted acaso, que su madre de usted.... estando yo en ese mismo viaje, y creyéndome muerto, pensó en que Mr. de Bussières fuera su tutor de usted?

## ESTELA.

Sí, señor.... lo he sabido.... porque mi pobre madre.... pocos días antes de que la perdiera.... me hizo venir á la cabecera de su cama.... y estando las dos solas en su alcoba, me dijo:—Bien pronto, hija mía, te quedarás huérfana: he nombrado, por lo tanto, tutor tuyó á un amigo de nuestra familia.... á un amigo de tu infancia.... á Mr. de Bussières.... quien en este momento no se encuentra en Francia.... pero á quien, tan luego como vuelva, le entregaráis tú misma, y á él únicamente, esta carta.—

## SOLIGNI Y FRAMBAL.

(Aparte.) ¡Cielos!

## ESTELA.

Y me confió, en efecto, una carta cerrada con lacre negro, que contenía sin duda sus últimas disposiciones; pero habiendo fallecido poco después Mr. de Bussières en Polonia....

SOLIGNI.

(Vivamente.) ¿No pudo usted entregar la carta?

ESTELA.

No, señor.

SOLIGNI.

¿Y existe todavía?

ESTELA.

Creo que sí... La puse en la misma cajita en que mi madre guardaba sus joyas... con las cartas que usted me había escrito anteriormente... en fin, con todo lo más precioso que yo tenía... y el día mismo que usted llegó se la di á usted... No sé, sin embargo, lo que usted hizo de dicha caja... pero recuerdo que la ví todavía sobre la mesa de su despacho de usted á la mañana siguiente... que usted me dijo que allí estaban los diamantes de mi madre; que ya me pertenecían; pero que, como no los podía usar hasta que me casara, me los iba usted á guardar hasta entonces... y que en seguida cerró usted la caja, y quiso que yo me quedase con la llave.

FRAMBAL.

(Vivamente.) ¿Pero y la caja? ¿Qué se hizo de la caja?

ESTELA.

Papá, la debe tener.

SOLIGNI.

(Friamente.) Sí, pero en efecto... ahora cáigo... (Señalando el secretario.) Allí está.

FRAMBAL.

(Aparte.) ¡Ay! ¡Dios mío! Dios mío!

SOLIGNI.

(A Estela friamente.) Déme usted esa llave.

FRAMBAL.

(En voz baja.) No se la dé usted.

ESTELA.

(Admirada.) ¿Qué significa esto?

SOLIGNI.

Démela usted... la necesito...

FRAMBAL.

Y yo te digo que haces muy mal en pedirse-la... que es absurdo... que es inútil... porque después de todo...

SOLIGNI.

Yo se lo mando.

FRAMBAL.

Y yo se lo prohibo... En su propio interés... En el tuyo... (A Estela vivamente.) Sí, hija mía, no entregue usted esa llave... Mire usted que la va á usted en ello todo su porvenir... No sea usted, por lo menos, cómplice de su propia desventura.

ESTELA:

(Lentamente.) No le comprendo á usted... No sé qué desgracias son esas que me amenazan... pero sean las que fueren, no quiero evitar ninguna de ellas, si para conseguirlo tengo que desobedecer á mi padre... (Se quita una cadena que lleva al cuello con una llavecita, y se la da á Soligni.) Esta es la llave...?

SOLIGNI.

Está bien.

FRAMBAL.

(Con enfado.) Gran hazaña!... Se puede usted alabar por la gracia... Es un rasgo muy heróico.... Sublime.... Dios quiera que usted no se arrepienta. (Vase.)

ESTELA.

(Temblando.) Pero, ¿por qué?

SOLIGNI.

¡Ah! ¡qué tormento!

ESTELA:

(Cruzando las manos.) Papá...?

SOLIGNI.

Retírese usted... Déjeme usted solo... (Vase Estela para el foro, volviendo de tiempo en tiempo la cabeza para ver á su padre, y suspirando.)

ESCENA XIV.

SOLIGNI, SOLO

En fin, ya me he quedado solo... (Va al secretario, le abre, y de uno de sus cajones saca una cajita de tafete que trae y pone sobre la mesa.) Esta es... (Se sienta) la caja que Estela me entregó hace cerca de tres años... Sí... (La abre) éstos son los diamantes de su madre... Los diamantes que yo la di... (Levanta la primera división de la caja, la coloca sobre la mesa, y mira el fondo de la caja.) En esta parte inferior... ¡Ah! ¡no sé lo que siento dentro de mí...! ¿Y hay quien me acuse de injusticia? ¡A mí, que no pediría otra cosa al Cielo, sino que me dejara siquiera un ápice de duda...! ¡A mí, que estoy tan persuadido de la existencia del crimen, y que tiemblo sin embargo porque voy á encontrar ahora una nueva prueba! (Coge del fondo de la caja una carta.) ¡Ah! aquí está... (Mirando el sobre.) Sí... La letra es de Enriqueta... (Leyendo.) A Mr. de Bussières.—(La abre temblando.) Ea, ¡un poco de ánimo!... (Leyendo lentamente.) Me muero, Ernesto... y mi mano desfallecida, apenas puede ya trazar estos renglones... Pronto, muy pronto me presentaré ante aquel á quien tanto he ofendido... Y este Juez severo que también conoce la amargura de mis penas, la sinceridad de mi arrepentimiento, si no encuentra algunas palabras con que absolverme, verterá al menos algunas lágrimas al con-

denarme.—(Se detiene, enjuga una lágrima, y después de un instante de silencio, continúa leyendo.)—¡Oh, tú! que tanto he amado... tú tuviste el valor que á mí me faltaba... y cuando después de seis años de tormentos y de combates iba ya á sucumbir á impulsos de una pasión frenética, tú fuiste sólo el que pudo contenerme al borde del abismo... el que me puso de nuevo en la senda del honor y del deber.—¡Eh! (Con indignación; y vuelve á leer.)—Tú fuiste, no yo, el que me salvaste de la dignominia, de la deshonra... (Interrumpiéndose.) ¡Ah, y aun se honraba que podía alucinarme con esto...! Verdad que estas mismas palabras escritas con su propia sangre, y todavía no las creería. (Lee.) Seas pues, bendito por tan noble conducta; y en prueba de mi reconocimiento, voy á confiarte un tesoro de que tú sólo eres digno... A tí, Ernesto, que has sabido respetar la esposa de tu amigo, á tí te lego su hija... (Con indignación.) ¡Su hija!—Exijo aún más de tí: he creído descubrir que Raimundo tu hijo era amado de Estela; que la correspondía, pero que su escasa fortuna le había impedido confesarla su pasión... Como puedo retenerte también á tí el mismo temor, te ordeno que los cases un día.—(Levantándose y leyendo.)—Te ordeno que los cases... Que los cases... ¡Y es ella...! ¡Y es su mano la que lo ha escrito...!—Que los cases... ¡Ah, qué he leído...! ¡Hubiera podido dudar, todavía; pero cómo suponer que en su postrera hora... que próxima á presentarse á su Creador... haya querido cometer un nuevo crimen, enlazando á el her-

mano con la... ¡Oh!... no, es imposible... no puede ser... Y Estela es mía... Sí... Sí, es mía... Es mi hija... ¡Ah! (Viéndola y se sienta en el canapé.)

## ESCENA XV.

### ESTELA Y DICHO

SOLIGNI.

Sí... es mi hija... (Mirándola con ternura, como si hiciera mucho tiempo que no la viera.) Es ella... la misma que antes me arrebatara... la misma que era hace dos años. (Estela levanta los ojos, le apérbese, y hace un movimiento de temor.) ¡Ah!, mi presencia sólo basta para amedrentarla... no sabe que ahora soy yo el que tiembla delante de ella... ¿Estela?

ESTELA.

(Aproximándose un poco.) ¿Papá?

SOLIGNI.

Estela... Acérquese usted... (Con embarazo.) Siéntese usted... aquí... (Estela se acerca lentamente y se sienta á su izquierda en el canapé.) Estela... (Después de un momento de silencio, mirándola con ternura.)

ESTELA.

(Con ternura.) Papá...

SOLIGNI.

Quisiera abrazarte....

ESTELA.

(Echándose en sus brazos.) ¡Ah....!

SOLIGNI.

(Estrechándola en su seno.) ¡Hija....! ¡Hija mía!

ESTELA.

¡Hija....! ¡Me llama usted otra vez su hija....!  
¡Ah, cuánto tiempo hacía que no pronunciaba usted tan dulce palabra!

SOLIGNI.

Sí... tienes razón.... ¡Hacía mucho tiempo que estábamos separados! ¡Que no te había visto!

ESTELA.

(Con ingenuidad cariñosa.) ¿No es verdad?

SOLIGNI.

Pobre hija mía... ¡Dos años enteros desterrada del corazón de su padre....! Tratada como una extranjera... como una enemiga en su casa... ¡Ah....! (Se echa á sus pies.)

ESTELA.

¡Cielos! ¿Qué hace usted?

SOLIGNI.

Hija mía.... Perdóname.

ESTELA.

Yo.... ¡Dios mío....! Yo perdonar á mi padre.... ¿Y por qué?

SOLIGNI.

(Levantándose y cogiéndola las dos manos.) No lo sabrás jamás; pero dime que me perdonas.... que me amas todavía.

ESTELA.

¡Oh, siempre.... toda mi vida....! y yo era la que, sin penetrarlo, había irritado á usted.... bien me lo sospechaba.... bien lo veía.... aun cuando no podía adivinar la causa.... Pero ya la conozco ahora.

SOLIGNI.

¿Qué dices?

ESTELA.

Que el amor que me había inspirado Rajmundo era sin duda lo que le ofendía á usted.... Y bien, padre mío, por mucho que me cueste, renunciaré á él....

SOLIGNI.

¡Cómo!, sacrificarías....

ESTELA.

(Con entusiasmo.) Todo en este mundo, con tal que conserve el amor de mi padre.

SOLIGNI.

(Estrechándola tiernamente en sus brazos.)  
¡Ah! esto es ya demasiado.

## ESCENA XVI.

DICHOS Y JORGE.

JORGE.

¿Señor?

SOLIGNI.

¿Qué es eso?

JORGE.

Aquel caballero... oficial de marina... que  
estuvo aquí esta mañana... ha vuelto, y dice  
que desea hablar con usted... a solas.

ESTELA.

Me quedo entonces, papá, y en presencia de us-  
ted sabrá ahora mismo cuáles son mis intencio-  
nes... Que venga... Jorge, hazle entrar. (Vien-  
do que Jorge no se mueve.) ¿Qué no me has  
oído?

JORGE.

¡Sí, señorita...! pero ya ve usted... como se-  
gún dijo su papá de usted antes... no basta que  
usted mande una cosa....

SOLIGNI.

(Levantándose con cólera.) ¿Cómo que no basta?  
¿Habrás visto mayor insolencia? Yo no pude  
decir eso; y si otra vez....

ESTELA.

(Abrazándole y calmándole.) Papá mío... (Con  
dulzura.) Anda, Jorge.

JORGE.

¡Sí, señorita...! lo que usted quiera... todo  
lo que usted quiera... (Aparte.) Está visto, son  
tercianas... (Alto en la puerta del foro á Rai-  
mundo.) Pase usted adelante, caballero. (Vase  
después que sale Raimundo.)

## ESCENA XVII.

SOLIGNI, ESTELA Y RAIMUNDO

RAIMUNDO.

Ya me tiene usted á sus órdenes... (Viendo á  
Estela.) ¡Cielos!, su hija.

SOLIGNI.

(Mirando á su hija.) Es verdad... ¡se me  
había olvidado...!

RAIMUNDO.

Venga á buscar á usted para....

ESTELA.

¿Para qué?